

## LECCION XXVIII.

### PROMESAS Y FIGURAS DEL MESÍAS.

Partida de los Israelitas. — Columna de nube. — Paso del mar Rojo. — Maná, novena figura del Mesías. — Peñasco de Horeb. — Victoria ganada á los Amalecitas. — Llegada al pié del Sinai. — Publicacion de la ley.

Llegamos al momento para siempre solemne en que el pueblo de Dios va á salir de su largo y duro cautiverio. Al dar principio al relato de su milagroso viaje, recordamos que la prolongada serie de prodigios de que vamos á ser testigos entraban en los designios generales de la Providencia, ya para fortalecer á los Hebreos en su fe, ya para iluminar á las naciones idólatras, demostrándoles por medio de pruebas notables y numerosas que el Dios de Israel era el único Dios verdadero, árbitro supremo de la naturaleza y de los elementos, á la par que de los reyes y las naciones.

Mientras los Egipcios estaban ocupados en enterrar los muertos, Moisés dió á los Hebreos la señal de partir, y los descendientes de Jacob se pusieron en camino y se dirigieron hácia el mar Rojo en número de cerca de seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. El Señor manifestó, desde el principio, la proteccion que seguia prestando á su pueblo, pues con objeto de indicarle el camino que debía seguir, las horas de marchar y de detenerse, los sitios donde habia de acamparse y la duracion de las paradas, formó una gran columna cuya base fué igual mas adelante á la anchura del tabernáculo, y cuya punta tenia una inmensa elevacion. Durante el dia tenia el color de una hermosa nube, y durante la noche aparecia como una llama y era luminosa como el sol. Un Ángel estaba encargado de la direccion de la columna destinada á servir de guia á los Hebreos; cuando era preciso ponerse en camino, la columna se elevaba é iba á colocarse encima del pabellon de la tribu que debía partir la primera; y caminaban mientras la columna estaba en movimiento y seguian exactamente su direccion. Cuando era tiempo de pararse, la columna se detenia hasta que el mandato del Señor la obligaba á hacer un nuevo movimiento para advertir al pueblo que la siguiese. Su punta se inclinaba al elevarse hácia el lado del sol, y extendida como un velo sobre todo el pueblo, protegía á los viajeros contra los ardores del sol, que sin su auxilio hubieran sido insufribles en las abrasadoras arenas del desierto.

Despues de algunos acampamentos llegaron á la orilla del mar Rojo. Los Israelitas se veian cerrados por todos lados; al frente por el mar, y por la espalda por el enemigo, porque arrepentido Faraon de haber dejado partir á los Hebreos, habia reunido su ejército y salido en su persecucion. Pero Moisés, rebotando de confianza en el Señor, tranquilizó á los Hebreos: « No temais, les dijo, y esperad tan solo en el » milagro que por vosotros va á hacer el Señor. » La columna que estaba á la cabeza de los Israelitas cambió al momento de sitio, y se dirigió al espacio que mediaba entre su campo y el de los Egipcios. Esta nube era luminosa por el lado de los Israelitas, pero por el de los enemigos formaba una oscura sombra que les impedia avanzar. Moisés extendió entonces la mano hácia el mar, que entreabrió sus aguas, y los Israelitas entraron por medio del mar seco, porque el agua estaba como un alto muro á derecha é izquierda de ellos<sup>1</sup>.

Al asomar los primeros resplandores del dia los Egipcios advirtieron que se les escapaba su presa, y se arrojaron con precipitacion por una senda tan nueva, que no estaba abierta para ellos. Aquí era donde les esperaba el Señor. De pronto reina una horrible confusion en el ejército, se hacen pedazos los carros, y no se oye mas que este grito de alarma: Huyamos de los Hebreos, porque el Señor combate por ellos contra nosotros. Ya era tarde; el Señor dijo á Moisés: Extiende la mano sobre el mar para que las aguas vuelvan á su centro y envuelvan á los Egipcios con sus carros y su caballería. Moisés extiende la mano, el abismo se cierra, y todo desaparece devorado por las ondas, sin salvarse un solo hombre que pudiese llevar á Egipto la noticia de tan espantoso desastre. Ante un milagro tan grandioso Moisés y todo el pueblo exhalaban su regocijo y su gratitud con un cántico de accion de gracias. No hay milagro alguno mejor averiguado que este, pues se efectuó en presencia de mas de seiscientos mil testigos.

Pasado el mar Rojo, los Israelitas entraron en un vasto desierto para llegar á la tierra prometida. Pronto empezaron á faltarles los víveres, y el pueblo murmuró contra Moisés y Aaron. El santo conductor recurrió á Dios, quien le mandó dijera á su pueblo: Yo proveeré á los hijos de Israel de un alimento enviado del cielo. El pueblo saldrá por la mañana, y cada cual recogerá lo que le baste para cada dia, y el sexto recogerán doble cantidad para que puedan santificar el séptimo dia, que será el del sábado. Moisés se apresuró á comunicar al pueblo el oráculo de su Dios. Desde mañana, les dijo, el Señor os enviará del cielo un alimento que no os faltará en lo sucesivo. En efecto, el maná no cesó de caer con regularidad todas las mañanas, excepto el dia del sábado, durante los cuarenta años que los Israelitas pasaron en el desierto

<sup>1</sup> Véase sobre el paso del mar Rojo y el viaje por el desierto las cartas del sabio P. Sicard, misionero en Egipto, en la coleccion de las Cartas edificantes.

La promesa del Señor se cumplió á la alborada del día siguiente. Viéronse todas las cercanías del campo cubiertas de un rocío sobre el cual habia esparcida una multitud de pequeños granos blancos y espesos, que parecian una escarcha blanca sobre la tierra. Nunca se les habia ofrecido un espectáculo semejante. Los Israelitas se preguntaban unos á otros en su asombro : ¿ *Manhu* ? que quiere decir ¿ qué es esto ? por lo cual se dió á estos granos el nombre de maná. Nadie se atrevia en un principio á tocarlo, y fueron á consultar á Moisés. Ese es el pan, les dijo, que os ha prometido el Señor. Sabiendo lo que era, todos los Israelitas empezaron á recoger su parte ; pero habiendo reunido algunos provision para varios dias, se pudrió lo que no se comió el primer dia, pues Dios queria desde aquel momento que los hombres aprendiesen á no inquietarse mas que de lo presente, y á dejar el cuidado del dia siguiente á la Providencia. Para alimentarse con el maná, lo molian con una piedra, lo reducian á una pasta blanca que se cocia en una vasija, y salia un pan de sabor exquisito. Aun mas, aquellos cuya fe les hacia gratos al Señor, encontraban además en el maná algo mas agradable, pues tomaba todos los gustos que se le antojaban al que lo comia. Era preciso recogerlo temprano, pues los rayos del sol lo derretian.

Este milagro es uno de los mas grandes que ha hecho el Señor en favor de su pueblo, y como vais á ver, una de las mas admirables figuras del Mesías. — El maná era un alimento que caia del cielo ; Nuestro Señor es en la santa Eucaristía un pan vivo que desciende del cielo. — El maná caia todos los dias ; la santa Eucaristía es nuestro pan de cada dia. — El maná solo era para los Israelitas, y la santa Eucaristía solo es para los Cristianos. — El maná solo fué dado á los Israelitas despues del paso del mar Rojo, y la santa Eucaristía solo se da á los Cristianos despues del Bautismo, figurado por el paso del mar Rojo. — El maná reemplaza á todos los alimentos, y la santa Eucaristía es el pan por excelencia, el pan que satisface todas nuestras necesidades. — El maná tenia todos los gustos ; la santa Eucaristía tiene todos los gustos ; fortifica á los débiles, consuela á los afligidos, ilumina el alma é inflama el corazon. — El maná, sin embargo, no eximia de la muerte, y la santa Eucaristía da en prenda la vida eterna. — El maná cayó mientras el pueblo estuvo en el desierto, y la santa Eucaristía será dada á los hombres mientras estén en la tierra. — El maná cesó cuando los Hebreos entraron en la tierra prometida, y la santa Eucaristía cesará cuando entremos en el cielo, es decir, cuando veamos sin celajes al Dios que recibimos bajo el velo del Sacramento.

Esta figura añade nuevos rasgos al cuadro : 1º. En vez de que el cordero pascual no debia comerse mas que una vez al año, el maná, figura de la Eucaristía, debe comerse todos los dias ; 2º. nos anuncia que el alimento que el Salvador reserva á nuestras almas será un ali-

mento celestial ; 3º. que se nos dará este alimento mientras seamos viajeros sobre la tierra.

Los Israelitas continuaron su marcha por el desierto, alimentados con un pan milagroso. Pronto se agotaron las provisiones de agua, y segun su costumbre, el pueblo empezó á murmurar. El Señor, en su inagotable bondad, solo respondió á sus quejas por medio de un nuevo prodigio. Dijo á Moisés : Toma la vara con que heriste el rio de Egipto, y toca la piedra de Horeb, y verás salir de ella tanta agua, que podrán apagar su sed todos los hombres y todos los animales. Moisés obedeció, y al primer golpe de la vara milagrosa salió del seno de la roca un manantial tan copioso y rápido, que todo el valle quedó regado como con las aguas de un hermoso rio.

Pronto un nuevo peligro amenazó al pueblo viajero. Los Amalecitas, nacion valiente y numerosa, salieron á acometerlos. Mientras los hijos de Israel combatian en la llanura, Moisés subió á un monte cercano y alzó sus manos al cielo. Cada vez que las levantaba, Israel lograba una considerable ventaja, y los Amalecitas vencian y ganaban terreno en el momento que las bajaba. Advirtiéronse estas alternativas, y Aaron y otro israelita que estaban con Moisés le sostuvieron los brazos levantados hasta la puesta del sol, y los Israelitas ganaron la batalla. Admirable ejemplo de lo que puede la oracion animada por la fe.

Despues de este nuevo prodigio, el pueblo continuó la marcha hácia el interior del desierto. Cuarenta y seis dias hacia que habian pasado el mar Rojo, cuando la columna se detuvo á la falda del monte Sinai. Esta estacion fué seguramente la mas célebre de cuantas hicieron los Hebreos en el desierto, á causa de proclamarse en ella la ley. Hé aquí por qué y cómo tuvo lugar :

Empezaban á alterarse las verdades que Dios habia enseñado á Adan, verdades cuyo conocimiento habia pasado de padres á hijos por medio de la tradicion, y era de temer que se borrasen pronto de la memoria de los hombres. Dios resolvió dárselas por escrito para conservarlas, y especialmente para conservar la gran promesa del Mesías, y llamando á Moisés sobre el monte, le mandó que dijese de su parte á los Israelitas : Ya veis como os he sacado de Egipto y os he elegido para ser mi pueblo. Si oyéreis mi voz y guardáreis mi pacto, estableceré mi reinado entre vosotros, y seréis la nacion santa. Moisés bajó de la montaña, y repitió fielmente á los Israelitas lo que le habia dicho el Señor, pidiéndoles una respuesta precisa ; y todo el pueblo respondió unánimemente : Harémos todo lo que ha dicho el Señor.

Moisés volvió á llevar esta respuesta á su Dios, quien le dijo : Purifica á tus Hebreos, y que estén apercebidos para el tercer dia, pues en él descenderé á vista de todo el pueblo sobre el monte Sinai. Pondrás límites al rededor del monte, y prohibirás el tocar á ellos so

pena de muerte. Todos estos preparativos eran necesarios para la solemnidad de la publicacion de la ley, y preparar los corazones á recibirla con sentimientos de religiosa veneracion. Llegó la mañana del tercer dia, y comenzaron á oirse truenos, á brillar relámpagos y á cubrir el monte una nube muy densa; del seno de la nube salia el agudo y penetrante sonido de la trompeta que convocaba al pueblo, pero este se hallaba atemorizado, y no salia de sus tiendas. Moisés lo tranquiliza, y haciéndole salir del campamento, los coloca en el espacio que habia dejado libre entre el campo y la falda del monte, donde se habian colocado los límites. Dios hizo oír entonces su voz en medio de la nube inflamada, y publicó los diez Mandamientos de su ley escritos en dos tablas de piedra, y es lo que se llama el *Decálogo*.

Cuando el Señor cesó de hablar, volvieron á oirse con el mismo estruendo que antes el fragor de los truenos y el sonido de las trompetas; el monte, que continuaba humeante, cubierto con la nube y resplandeciente de llamas, se estremeció, y los Hebreos con pasmo y terror inexplicables se retiraron á sus tiendas, á donde les siguió Moisés. Los ancianos dijeron á Moisés: Hablad vos solo en adelante, y no nos haga oír su voz el Señor, pues de lo contrario tememos por nuestra vida. ¿Qué es un hombre de carne para oír la voz de Dios vivo cuando habla en medio de las llamas? Moisés salió del campo, y penetrando las espantosas tinieblas que cubrian el monte, manifestó al Señor el temor de su pueblo. Sé lo que pide, respondió el Señor, y me place.

El Señor eligió en su infinita bondad este momento para renovar á toda la nacion, del modo mas expresivo, la gran promesa del Mesías. Vuelve á tu pueblo, dijo á Moisés, y dile: El Señor os promete daros un Profeta de vuestra nacion y tomado de entre vuestros hermanos, semejante á mí, que soy el encargado de anunciároslo. Vuestro Dios pondrá sus palabras en su boca, y le obedeceréis con sumision. Si alguno se niega á oír á este Profeta, será terrible la venganza de Dios.

Estas palabras anunciaban al Mesías; y san Pedro al hablar á los Judíos, las aplica á Nuestro Señor que él les predicaba. Esta promesa nos descubre un nuevo carácter del Redentor, pues nos enseña que hará un dia de un modo suave y familiar lo que acababa de hacer en medio de un aparato formidable, y manifestará á los hombres la voluntad de Dios, no con terror, sino con dulzura y bondad; y nos enseña además que será, como Moisés, Legislador, Mediador entre Dios y los hombres, Jefe y Libertador de su pueblo, aunque de un modo mas excelente. Y todo esto está cumplido solo en Nuestro Señor, Hijo único de Dios, nacido de la sangre de los reyes de Judá, Jefe, Legislador, Mediador y Salvador de un pueblo nuevo.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber corroborado con milagros tan expresivos las verdades de mi fe. Guieme vuestra luz durante la vida, como la columna guiaba á vuestro pueblo en el desierto. Gracias os doy por haberme alimentado con tanta frecuencia con el verdadero pan bajado del cielo, y por haberme dado por medio de Nuestro Señor Jesucristo la ley de gracia tan superior á la ley antigua. Haced que diga con mas sinceridad que los Israelitas: Haré todo lo que el Señor me mande.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, buscaré la ocasion de instruir á los ignorantes.